

TOLEDO: UN VADO Y UNA CIUDAD ESTRATEGICA

«Toledo cibdad Imperial, y llamada en las hystorias, cabeça de las españas, de quiê hazê mencion Titiliuio, Ptolomeo, y Plinio. Está situada en la españa llamada Citerior, o de aquende, y por propio nombre Tarraconense, en la prouincia de Carpetania. Cuyo sitio es muy conjunto al medio, o centro de las Españas, casi yualmente distante de su circunferencia. En las quales haze semejantes efectos, que el coraçon en el cuerpo humano: al qualla Natura puso casi en el medio del, dotando de grandes y magnificos preuilegios, poniêdo en la suête dela vida y el principado delos otros miembros.»

Pedro de Alcocer. Historia o Descripción de la Imperial cibdad de Toledo.

Introducción

La mayor parte de las ciudades antiguas, desconocen el momento y las causas de su propia fundación. Este hecho, auténtica preocupación para antiguos historiadores empeñados en resaltar el noble origen de sus ciudades, hizo del mito la única explicación existente y válida para explicar lo desconocido. Se trata de una situación que se dio en aquellos lugares en los que durante algún momento de su historia, caso de Toledo, alcanzaron gran importancia, haciendo posible la existencia de un amplio número de leyendas que relacionan cualquier fundación con héroes de la mitología clásica o con pueblos elegidos por algún motivo de la historia posterior de la ciudad.

Para el caso toledano, basta con recordar el magnífico estu-

dio que realizó don Julio Caro Baroja que recoge y estudia la totalidad de las explicaciones dadas sobre el origen de Toledo, uno de los enclaves más míticos de la Península Ibérica.

Sin embargo, y gracias a la investigación desarrollada en los últimos años, pocas veces una ciudad como la nuestra ha tenido tan claro su origen. Nos referimos a la existencia de un vado natural sobre el curso medio del Tajo, único practicable con ciertas garantías en una amplia zona del interior de la Península. Este hecho, unido a la posibilidad de su control desde el cerro en el que se asienta la ciudad de Toledo, son la causa del inicio del asentamiento y de su propia vinculación militar, como lo demuestran las numerosas batallas, escaramuzas, estrategias, etc., que a lo largo de la historia han ocurrido en su entorno más inmediato.

El resultado de este proceso histórico es que desde la prehistoria hasta finales del siglo XVIII, Toledo y su vado, potenciado e institucionalizado a partir de época romana por el Puente, se convierten en la llave que permite el acceso y control de las comunicaciones entre amplias zonas de la Meseta. Sólo desde su posesión y dominio se asegura la posibilidad de ejecución de incursiones del sur al norte y viceversa, o su posibilidad de neutralización, fenómeno que según luego analizaremos ocurrió en numerosas ocasiones.

Esta importancia estratégica hizo de esta zona de Alcántara, uno de los puntos básicos de la ciudad, hasta el punto de que en gran parte de las construcciones edilicias de época romana se centraron en torno a esta zona, constituyendo uno de los espacios monumentales más importantes de la ciudad antigua y que hoy estamos empezando a conocer en su auténtica dimensión. Su transcendencia iría cayendo en el olvido y planteamientos como el del programa imperial de inicios del siglo XVI, hicieron trasladar la vista y el eje básico y visual de presentación a la zona norte de la ciudad, en concreto a la puerta de Bisagra y al camino de Madrid.

Sólo con la llegada de los primeros viajeros románticos y, sobre todo, con la construcción del ferrocarril a Toledo, se volvió a recuperar, aunque muy parcialmente, esta perspectiva antigua y estratégica de la ciudad, como lo demuestran las numerosas fotografías y grabados que desde entonces volvieron a realizarse

sobre este enclave, que, por olvidado, había ido perdiendo buena parte de la monumentalidad original.

Para exponer la importancia de este sector de la ciudad, incluso en lo referente al origen de la misma, y para estudiar su posterior desarrollo, vamos a realizar un breve estudio de las vías antiguas de comunicación, del control y relación de la ciudad con el territorio y, por último, de los principales hechos históricos que se producen en torno a este punto estratégico.

Vías antiguas

Los primeros caminos fueron los trazados por las fuerzas naturales y los animales antes que el hombre, que ya trazaron auténticas redes de comunicación con sus correspondientes puntos estratégicos, propiciados por la existencia de determinados condicionamientos geográficos como es el caso de los vados del Tajo en nuestra zona de estudio. Los desplazamientos dirigidos a los lugares de concentración de fauna, agua, paso, etc., fueron pronto aprovechados por los primeros depredadores humanos, luego cazadores y ya en época mucho más reciente productores y recolectores.

En los alrededores de nuestra ciudad, existen numerosos vestigios que nos marcan la existencia de estos primitivos asentamientos humanos. Es el caso de las terrazas del polígono industrial y de Pinedo pertenecientes al curso medio del Tajo, que proporcionan los datos necesarios para conocer la existencia ya desde momentos muy antiguos, en torno a 1,2 m.a., a comienzos del cuaternario, de una vía de comunicación que desde la fachada atlántica se dirigía por el curso del Tajo hasta estas tierras del interior, continuando desde aquí a zonas más al norte a través de los valles del Jarama y del Henares. Será un eje de comunicación ininterrumpido desde entonces a lo largo de la historia.

Esta vía de comunicación posibilitó la primera presencia humana que, procedente del continente africano, comenzó en estos momentos el poblamiento del interior de la Península Ibérica.

Gracias a los estudios realizados tras las excavaciones llevadas a cabo en Pinedo, podemos reconstruir con cierta fiabilidad este primer «paisaje toledano». Estaríamos ante un territorio es-

tepario en el que junto a caballos y otras especies de pradera, existiría una rica fauna fluvial en la que denominarían por su presencia elefantes, rinocerontes, hipopótamos, etc.

Tras este primer poblamiento, únicamente volvemos a tener datos fiables a partir del Calcolítico y de la Edad de Bronce. El inicio de esta fase viene marcada por nuevas incorporaciones humanas que siguen la antigua vía de penetración del Tajo ya descrita, como lo demuestra la existencia de dólmenes o la aparición de los primeros poblados estables con elementos propios de la cultura calcolítica de la zona portuguesa y extremeña.

A partir del Bronce pleno comenzamos a intuir una nueva vía de penetración que luego tendrá gran trascendencia en el desarrollo cultural de la zona. Se trata del eje de comunicación que pone en contacto estas tierras del interior peninsular con las del Mediterráneo y, en concreto, con la zona del Sudeste hispano. Es el origen de influencias como las originadas en la denominada cultura del Argar, que será determinante en la aparición de elementos culturales propios englobados en lo que conocemos como el Bronce de la Mancha que, entre otras cosas, supone un gran cambio social y económico en el territorio. Esta ruta volverá a hacerse patente en momentos posteriores, fundamentalmente, durante el proceso de Iberización que da lugar al inicio de la segunda Edad de Hierro.

Gracias a los datos de que disponemos tanto a través de excavaciones como las llevadas a cabo en el Cerro del Bu, como por los datos provenientes de prospecciones realizadas en el sur de nuestra provincia, se pone de manifiesto la existencia en este momento de un gran número de asentamientos en zonas de difícil relieve, relacionados con un sistema de explotación basado en el aprovechamiento de la economía posibilitada por el denominado sistema de dehesa.

La imagen del paisaje de los alrededores de la ciudad y de su naciente territorio, sería el de un bosque mediterráneo adaptado a las necesidades humanas, es decir, a la dehesa como medio de vida. La encina y sus productos, serían la marca de nuestros antiguos pobladores rodeados de un medio que hoy podríamos considerar idílico.

A partir de los últimos momentos de la Edad del Bronce, comienza a darse profundos cambios en toda la zona. El antiguo sis-

tema de producción entraría en crisis y nuevas formas que posibilitaron una mayor producción por unidad de terreno harían su aparición. Este hecho económico irá acompañado de un nuevo fenómeno como será el de la concentración de la población y la aparición, por primera vez, de auténticos centros de poder de territorios bien definidos, controlados económica y militarmente por una élite de poder. Es el caso del origen de lo que hoy es nuestra ciudad de Toledo.

Este proceso de complejidad social y urbana crecería aún más durante los inicios de la Edad del Hierro, debido en buena parte a la llegada de estímulos culturales del área tartésica del sudoeste siguiendo hasta Toledo el antiguo eje del Tajo. Es también durante el final de esta fase, momento en el que se recupera, aunque en sentido inverso, el viejo itinerario de los ríos Jarama y Henares que ponen en contacto estas tierras con el área cultural indoeuropea del norte peninsular, en concreto, inicialmente por diversos pasos del sistema central y posteriormente por el valle del Ebro. A través de estas vías se hace patente la llegada de las influencias del mundo cultural de los campos de urnas que, unidos al rico mundo indígena anterior, daría lugar al origen del pueblo carpetano.

En época romana, estas distintas vías antiguas se consolidan y dan lugar a la conocida red viaria centralizada en torno a los principales núcleos urbanos y comerciales. Gracias a las obras de ingeniería realizadas en este momento, estamos ante el inicio de la organización viaria que tendrá repercusiones hasta prácticamente nuestros días.

Tanto por las fuentes escritas, como por las arqueológicas, conocemos con bastante precisión el trazado viario de época romana en la zona. En concreto y siguiendo una fuente segura como es el Itinerario de Antonino (siglo III d. C.), sabemos de la existencia de una serie de rutas, mansiones y municipios en la zona toledana:

Vía 24: Item ad Emerita Caesaraugustam	632 m.p.
Vía 25: Alio itinere ab Emerita Casareaugustam	348 m.p.
Vía 29: Per Lusitaniam ab Emerita Caesaraugustam ...	508 m.p.
Vía 30: Item a Liminio Toletum	95 m.p.
Vía 31: Item a Laminio itinere Casareaugustam	249 m.p.

El Anónimo de Rávena, los Vasos de Vicarello y la Tábula Peutingeriana, citan también algunas de las mansiones del Itinerario de Antonino, confirmando una red en forma de aspa, inscrita a su vez en un cuadrado, siendo Titulcia, Laminio, Saltigi y Toletum, los principales cruces de vías que, en definitiva, se unen con las principales de Hispania: la vía de la Plata en sentido Norte-Sur, la vía Augustea por la zona costera mediterránea y la de Emérita a Caesareaugusta que une a ambas por nuestra ciudad.

Esta trama de caminos que tienen su epicentro junto al río Tajo, en las cercanías de Toledo, tiene un origen geográfico, aunque luego, posteriormente, la importancia de la ciudad en determinadas épocas, consiguiera establecer un modelo radial de comunicaciones por motivos de otra índole. En concreto, nos estamos refiriendo al vado existente junto al peñón toledano aguas arriba de la ciudad, en la zona comprendida entre el Puente de Alcántara y la presa de Safont. Era por las condiciones topográficas que posibilitaron la división del río en brazos por la existencia de la isla de Antolinez, el único paso fiable para contingentes de cualquier entidad, militar o comercial, en la mayor parte del curso del Tajo en el interior peninsular. Desde la zona de Oreja-Aranjuez, hasta la zona de Talavera, no existen otros pasos, siendo el toledano, además, el más practicable, según las fuentes históricas que tratan estos temas.

Su importancia se verá acrecentada a partir de los inicios de nuestra era con la construcción del Puente de Alcántara, que institucionalizará el antiguo paso sin hacer caer en el olvido su uso alternativo, como veremos posteriormente.

Es el vado como enclave estratégico y su posibilidad de control a través del peñón toledano, el origen de la ciudad de Toledo, la causa de su progresivo engrandecimiento político-administrativo y la de su vinculación militar a lo largo de buena parte de su historia.

Territorio

Todo punto estratégico, en nuestro caso el vado natural, forma parte de un territorio que también participa de esta característica, ya que sobre el mismo discurren la mayor parte de las

vías y actividades económicas que éste genera. Es también el lugar en el que la estrategia militar realizará las defensas necesarias para su mantenimiento. Así, batallas cuyo fin es el dominio del vado o su puente, pudieron darse a varios kilómetros de la ciudad y sólo es posible comprender su trascendencia a la luz de estos datos. A una ciudad importante, le corresponde un territorio con la misma entidad y con la capacidad suficiente para su aprovisionamiento.

Tal y como hemos dicho anteriormente, el primer asentamiento estable que se produce en lo que hoy es la ciudad de Toledo, ocurre hacia el año 1200 a.C., dentro de lo que denominamos Bronce final. Es, lógicamente, a partir de estos momentos cuando podemos empezar, y no sin dificultades, a definir el territorio de la «ciudad».

La primera referencia a una concepción territorial en Toledo, nos viene dada por el prehistoriador toledano don Máximo Martín Aguado. En sus distintos e interesantes escritos, nos propone una población nómada, pero enraizada en la zona, gracias al incipiente surgimiento geológico del peñón toledano, que comenzaría a destacarse del entorno constituyendo un maravilloso punto de observación sobre el que controlar a los grandes animales que desarrollaban su vida en las riberas del Tajo y constituían la base alimentaria de estas gentes del Paleolítico. Se trataría de actividades más propiamente de carroñeo que de caza y que como tal necesitaban de puntos de control como el que aquí existió. Estamos ante un primer territorio perfectamente marcado por los hallazgos de industria lítica del tipo de la documentada en el yacimiento de Pinedo, que sólo existen en este sector del Tajo en el que nos encontramos, más concretamente en el área de «dominio visual» del peñón.

Esta zona de dominio directo sería la propia de los distintos asentamientos que existieron a lo largo del Calcolítico y de los inicios de la Edad del Bronce en la zona toledana. Es, sin embargo, en los momentos del Bronce final ya descritos, cuando comienza a documentarse un cambio en el área de dominio del entonces poblado.

El crecimiento del grupo humano que hemos venido describiendo, hizo posible el que se ocupara de forma estable, por primera vez, una parte de la amplia superficie del peñón toledano.

Los hallazgos realizados en el interior de la ciudad pertenecientes a estos momentos, nos muestran la existencia de un importante asentamiento de gran extensión, varias hectáreas, similar al más conocido en la zona por el yacimiento de Ecce Homo en Alcalá de Henares. Se trata, según Martín Almagro, de un tipo de grandes poblados cabeza de un determinado territorio, del que dependerían numerosos pequeños asentamientos, caso de algunos pequeños poblados que han dejado como resultado diversos fondos de cabaña en la zona de la actual Vega Baja, Huerta del Rey, etc.

Se trataría, en el caso toledano, de uno de los mayores asentamientos conocidos para estos momentos y del que dependería un importante territorio en el que actividades militares o comerciales posibilitadas por el vado, se verían complementadas por la existencia de amplios recursos agrícolas, ganaderos e, incluso, mineros, capaces de abastecer a una población en la que buena parte de sus miembros no estarían, por primera vez, directamente ligados a la producción de alimentos. Es el origen de las primeras élites locales, de una diferenciación social y de la propia «ciudad».

Aunque es muy difícil precisar algo sobre la extensión territorial, hay algunas referencias que permiten fijar un área de varios kilómetros en una amplia zona en la que áreas mineras como la existente al pie de los montes de Toledo, estarían bajo el control toledano la no existir ningún otro yacimiento de la entidad del aquí descrito. Algo similar debió ocurrir con el resto de áreas de los alrededores de la ciudad.

A partir de los inicios del último milenio antes de Cristo, comienzan como vimos, la llegada de influencias procedentes del núcleo tartésico del suroeste. Este nuevo foco con origen en las grandes culturas del Mediterráneo, incidirá más en el desarrollo desigual de una sociedad en la que poco a poco se irían sentando las bases de figuras como la de la realeza, que luego analizaremos ante el caso del legendario rey Hilerno. Esta situación de acaparación del poder político y social cada vez en menos manos, debió ir ligado a una ampliación paulatina del área de dominio de la incipiente ciudad.

La llegada de los estímulos culturales proporcionados por los denominados Campos de Urnas y el propio desarrollo al que

estaba abocada la sociedad ya descrita, propició la creación del mundo carpetano, que tras su «iberización», dio lugar al pueblo propiamente ibérico situado más al interior de la Península.

Esta ciudad carpetana cuyo nombre podemos pensar muy próximo al actual, Toledo, sería ya la cabeza de un muy amplio territorio, según lo demuestran los estudios realizados por distintos investigadores. Según Julio Mangas el caso de Toledo, sirve para demostrar la existencia de una ciudad propiamente dicha con un gran territorio antes de la llegada de los romanos en estas zonas del centro peninsular. Sus razonamientos expuestos de forma breve son:

— Las fuentes de época romana que se refieren a la conquista de la ciudad, la definen como «oppidum» y «parva urbs», utilizando una terminología que no vuelve a aparecer en estas zonas del interior, para referirse a cualquier otro núcleo de población.

— Asimismo, las fuentes proporcionan datos claros sobre la autonomía política de Toledo y de los carpetanos, lo que les lleva a mantener pactos con los pueblos vecinos (vettones, vacceos y celtíberos), que acuden en su ayuda para defenderla del ejército romano.

— Tras la conquista de Toledo, parece existir una cierta capitulación de una zona en la que estarían incluidos otros núcleos de población como sería el caso de Aebura, ubicada en la zona de los pueblos de Polán y La Puebla de Montalbán.

A esta serie de datos habría que añadir otras referencias como es la de la existencia del rey Hilerno, presente en los primeros combates contra los romanos, que definen claramente la organización política de la ciudad.

Otro aspecto igualmente de interés para demostrar la amplitud del territorio toledano de estos momentos, es el dato histórico de que una vez conquistada Toledo por el ejército romano, no sólo caen núcleos urbanos como el ya citado de Aebura, sino que se produce la pacificación definitiva de la Carpetania, que pasó desde entonces a ser lugar seguro de retaguardia para las tropas romanas en la conquista del resto de la Península.

El territorio prerromano y de acuerdo con lo expuesto hasta ahora, tendría unas fronteras claras. Por una parte parece evidente la existencia de una frontera política y cultural hacia el oeste, en la zona de La Puebla de Montalbán-Gálvez, de separación con respecto al pueblo vetton. Hacia el sur la línea de los Montes de Toledo, marcaría ya desde estos momentos el límite de su influencia. Al este la cultura carpetana llega hasta los límites con la actual provincia de Cuenca, poblada por los celtíberos, cuya cabeza era la ciudad de Segóbriga. Grandes poblados como los documentados en Ocaña, Villarrubia de Santiago, Consuegra, etc., tendrían su autonomía propia, pero dependerían de alguna manera de la ciudad toledana. Por último, al norte existe un área de difícil precisión en la que de nuevo volvemos a encontrarnos con la frontera con los pueblos vacceos y vettones, que llegarían hasta zonas próximas al valle del Guadarrama, quedando la zona de la Sagra y parte de la actual provincia de Madrid bajo manos carpetanas y, por tanto, en cierta medida, de Toledo, como ciudad de prestigio en este área.

Tras la conquista romana y el inicio del proceso municipalizador que caracterizará la actuación de la nueva potencia desde los comienzos del Imperio, volvemos a tener una nueva realidad: el municipio de Toletum.

Por razones estratégicas es esta ciudad la primera en adquirir este rango municipal en toda la antigua Carpetania, siendo la base de implantación de la romanización para toda una amplia zona del interior, mayor incluso que el viejo territorio carpetano.

El municipio toledano pasaría a ser la cabeza de un territorio ya más delimitado, pero heredero claramente de la situación anterior. La aparición de nuevos municipios como el de Caesaróbriga, actual Talavera de la Reina, o Consabura, actual Consuegra, marcan claramente la existencia de un territorio en el que cada núcleo de población viene distando unos 60-70 kilómetros del más cercano, dando lugar a un área de explotación directa con un radio de 30-35 kilómetros. Se trataría, no obstante, de una realidad que posteriormente habría que estudiar para cada zona y que muestra como en el caso de Toledo, estas distancias pudieron aumentar hacia zonas como la de los Montes o, incluso hacia el valle del Guadarrama.

Este territorio definido desde estos momentos, será la base

que históricamente, tanto árabes como cristianos, harán depender directamente de nuestra ciudad. Nuevas zonas cada vez más alejadas irán entrando en la órbita de cierta dependencia administrativa o comercial, ampliando el papel que ya intuimos en época prerromana. Nos referimos a realidades como la del Reino visigodo de Toledo, el señorío eclesiástico toledano, u otras similares bien conocidas históricamente.

Este proceso histórico determinó que al final del mundo antiguo, Toledo fuese la cabeza efectiva de un amplísimo territorio del interior peninsular, papel que seguirá desempeñando e incrementando en la Edad Media hasta su sustitución por el foco madrileño ya en el siglo XVII.

Historias del vado

La importancia estratégica de este punto existente junto a la ciudad, puede mostrarse mediante el estudio de diversas situaciones históricas, que han afectado a la ciudad y que podemos sintetizar en algunos ejemplos.

La campaña de Aníbal.—En el año 221 a.C., según recogen las fuentes escritas de época romana, se produjo una incursión del ejército cartaginés a través de la Vía de la Plata en la Meseta norte. La finalidad de esta operación militar destinada a ampliar el área de dominio cartaginés, habría que ponerla en relación con el Tratado del Ebro establecido en Roma, la otra gran potencia militar del momento, y con el ambiente prebélico que dará lugar a la conocida como Segunda Guerra Púnica por la bibliografía tradicional, bien estudiada por J. M. Roldán.

La vuelta del ejército de Aníbal a sus bases del sur, se produjo según las mismas fuentes a través de la Carpetania, cruzando, necesariamente, el Tajo por su zona central. Las fuentes no describen el punto exacto del paso, pero si la batalla contra carpetanos, vacceos y olcades que, por lógica, no pudo producirse muy lejos del único vado que permitía, entre otras cosas, el paso de los 40 elefantes que citan los textos históricos.

Nos encontraríamos en las inmediaciones de la ciudad de Toledo, documentándose por primera vez, la confrontación entre dos ejércitos, con muy diferentes concepciones, frente al vado estratégico del río Tajo.

Este hecho es el precedente inmediato de otros enfrentamientos similares que estudiaremos en el proceso de la conquista romana. Se diferencia no obstante de éstos, en que no llega a afectar directamente a la ciudad, como si sucederá en los casos posteriores.

Aún hoy desde lo alto de la ciudad, se puede recrear la antigua imagen del paso del vado en el que los elefantes actuarían de vanguardia del ejército cartaginés en su pugna por cruzar el río frente al hostigamiento de los ejércitos indígenas.

La presencia romana.—Muy pocos años después de los hechos descritos con anterioridad, se produjo la llegada de un nuevo contingente militar de importancia. Nos referimos al ejército de Roma, que en el año 193 a.C., según de nuevo nos lo dicen las fuentes escritas, se hizo presente en nuestra ciudad bajo el mando de Marco Fulvio Nobilior. Es un proceso bien conocido por la historiografía actual y culmina con la toma de Toledo en el año 192 a.C. tras un largo asedio.

Este proceso de conquista vino dado por la importancia estratégica del vado toledano, que haría posible el sellado de la frontera de los nuevos dominios de Roma en la Península tras su victoria en la Segunda Guerra Púnica. Inmediatamente después la ciudad y el vado tendrán un uso diferente, al pasar a desempeñar durante el proceso militar de conquista del norte hispano, funciones ofensivas (vanguardia y retaguardia), en vez de las defensivas que propiciaron su conquista.

Esta situación que se puede fijar cronológicamente entre los siglos II-I a.C., va a propiciar la vinculación de la ciudad y de su paso estratégico con los ejércitos.

Nuevamente desde la acrópolis toledana, podría divisarse el inicio de las campañas frente a celtíberos y lusitanos en primavera, a la vez que la llegada victoriosa o no tanto, en los meses del final del otoño para invernar al abrigo de la ciudad segura.

La Alcántara, cabeza de una ciudad rebelde.—Con la llegada de los árabes a la Península en el año 711, comienza un largo período de nuestra historia en la que Toledo desempeñó un papel de ciudad insumisa, casi permanente, frente al poder central establecido en Córdoba.

Esta situación hizo del vado y, por tanto, del puente, un lugar nuevamente de gran importancia estratégica, según nos lo descri-

ben diversas fuentes históricas. La primera referencia histórica data del año 788, en que Hixen I ordena la ejecución por empalamiento del primer rebelde musulmán afincado en Toledo que conocemos, en la extremidad del puente de la ciudad. Este hecho demuestra la importancia militar dada a este punto vital desde las primeras escaramuzas entre Córdoba y Toledo, al servir de nexo obligado del camino que unía a ambas ciudades. Además su valor estratégico se vio acentuado, por ser de nuevo y como ocurrió en época romana, la llave de paso hacia el norte de la Península, muy pronto en manos cristianas. Sólo cuando Toledo era sumisa al poder central árabe, eran posibles las grandes rancias hacia los reinos cristianos y a la vez, aunque en menor proporción, contingentes cristianos podían atacar zonas del sur en momentos de rebeldía de la ciudad.

Es en este momento cuando el puente y su entorno comienzan un proceso de acrecentamiento de las defensas, caso de las citadas en las fuentes árabes que hacen mención a la construcción del primer «alcázar» en el año 807, dominando el puente y creando desde entonces una de las imágenes más características de la ciudad. La importancia estratégica de este punto daría como resultado las sucesivas destrucciones y reconstrucciones de esta fortaleza, punto final de las defensas establecidas en torno a la principal entrada a la ciudad.

Crónicas del año 858, en época de Muhammad I, describen la llegada de un ejército de Córdoba y el posible «minado» del puente, cuyo resultado sería la desaparición del arco de la orilla izquierda, dando lugar tras su rápida reconstrucción a la imagen que ha llegado hasta nuestros días, al macizar el espacio minado.

Será Abderramán III el que acabe definitivamente con el «problema toledano» al pactar en el año 932 la capitulación formal que consiguieron los toledanos. Este hecho, pero, sobre todo, la reforma que este califa emprendió de las defensas del puente, hicieron de Toledo la ciudad sumisa que hasta entonces no había sido. La inteligencia de Abderramán consistió en aislar a la ciudad de su puente, construyendo el al-hizam o ceñidor que enlazaba el alcázar y el puente, separándolo del resto de la ciudad. Esta estrategia se vio acrecentada por la construcción de una plaza de armas con tres puertas al final del puente, que posibilitaba el paso de cualquier ejército sin necesidad de internarse en la ciu-

dad, dejando franco el paso hacia el norte. Por último, también habría que datar en este momento la construcción del castillo árabe, origen del actual de San Servando, punto avanzado desde entonces de las defensas del paso. Toledo pierde el control de la llave del puente, haciendo que cualquier futura sublevación fuera irrelevante para Córdoba.

La imagen de este período es la de Abderramán cruzando el viejo vado toledano, a la vez que toma buena nota de las debilidades y cualidades defensivas de la ciudad, para tras el pacto con los toledanos, poner en marcha el nuevo esquema militar soñado para conseguir una ciudad inexpugnable pero sumisa. Estaríamos ante un personaje postrado en una auténtica «Peña del Rey Moro», diseñando y comprendiendo el valor estratégico de la vieja Madinat-al-Muluk o Ciudad de los Reyes, nombre con el que durante este período se designó comúnmente a nuestra ciudad.

Es en este momento cuando se dota de contenido al término de «alcántara» que ha llegado hasta nosotros y que nos habla del puente en singular como algo muy especial y significativo para el califato.

El ocaso.—Aunque en los momentos posteriores a la conquista de Toledo por Alfonso VI en el año 1085, el puente y su entorno, seguirán siendo un elemento clave en el proceso militar de conquista de buena parte del interior de la Península, será, sin embargo, tras la batalla de las Navas de Tolosa y con el alejamiento definitivo de la frontera, cuando se inicia un proceso de pérdida del protagonismo que se irá viendo acrecentado por la aparición de nuevas tácticas militares y nuevas situaciones geoestratégicas que harán innecesaria la línea defensiva del Tajo con Toledo como cabeza.

Sólo ante la presencia de grandes ejércitos como será el caso de los franceses entre los años 1808 y 1812, Toledo y su puente, vuelven, en cierta manera, a tener una importancia militar. Ante el establecimiento de una línea defensiva de Madrid aprovechando el frente natural ofrecido por el río Tajo. La importancia en número y calidad de las tropas francesas que ocuparon Toledo, viene demostrada por su participación en la mayor parte de los enfrentamientos de cierta entidad ocurridos en el interior de la Península. Por el Puente de Alcántara salió el mariscal Dupont

con 12.000 hombres camino de Bailén, siguiendo la antigua ruta de Córdoba-Toledo. También de la ciudad, salieron las tropas que participaron en las batallas de Talavera, Ocaña y Almonacid, que sirvieron para afianzar el dominio francés durante algunos años de la Meseta Sur.

La imagen evocadora que define nuestra última historia del vado, es la del mariscal Dupont que quizá intentando emular a Aníbal, cruza el antiguo puente hacia el sur con un ejército victorioso en toda Europa. Camino del desastre de Bailén, primera gran derrota de un ejército de Napoleón.

Epílogo

Para comentar visualmente lo resumido en este artículo, nada mejor que acercarnos al mundo de las imágenes conservadas sobre esta zona de la ciudad.

En la vista-pájaro de José Arroyo Palomeque, realizado en pleno siglo XVII, destaca la imagen del viejo puente con sus grandes torres defensivas, la plaza de las armas con sus tres puertas y al fondo, el río Tajo con la ínsula de Antolinez, el vado y las defensas del arrabal con la Puerta del Vado y la Torre de Antequera como elementos destacables en este sector.

En el libro «Toledo grabado» se recogen un buen número de imágenes en las que aparecen el puente, la antigua isla y la visión monumental, hoy olvidada, de este sector de Toledo, etc. Un ejemplo puede ser el grabado realizado por F. Cardano para la obra «Le Voyage Pittoresque», de A. de Laborde, fechable en los primeros años del siglo XIX, en el que aún aparece la fachada monumental de acceso a la antigua ciudad, fosilizada a través de grandes conventos y que prácticamente desapareció por diferentes motivos a lo largo de esta centuria. Destaca el puente, su plaza de armas y, sobre todo, la salida de la ciudad a través de la antigua Puerta de San Isidoro, obra del genio de Abderramán III, fuera del ámbito de la ciudad. Asimismo destacaríamos la litografía de Arnout sobre dibujo de Chapuy, para la obra «L'Espagne» de 1844, en la que se aprecia perfectamente el antiguo brazo desecado del río, ahora recuperado por agricultores, en el mismo

espacio que antes ocuparía la ínsula de Antolinez, que aún puede entreverse en la imagen.

Todavía en la revista «Mundo Gráfico», de octubre de 1913, aparecen Su Majestad, el rey Don Alfonso XIII y M. Poincaré, presidente de la República francesa, en su visita a Toledo, cuya entrada y salida se realizó a través del Puente de Alcántara, como recogen puntualmente las fotografías, así como los textos existentes a su pie, en uno de los que se indica textualmente: «La Puerta de Alcántara y al fondo la tribuna donde esperaban a M. Poincaré treinta bellísimas señoritas de la sociedad de Toledo, ataviadas con la clásica mantilla española». Es una de las últimas imágenes que recuerdan esta entrada «principal» de la ciudad, ligada a una zona de antiguo prestigio, al puente y a su vado.

Por último, queremos citar un cuadro de El Greco que se exhibe en el Museo Metropolitano de Nueva York, titulado «Vista de la ciudad de Toledo», en el que se representa el sector más pintado por El Greco en sus numerosas obras y que coincide con nuestra área de interés. Se trata de la vista de la zona de Alcántara desde el norte y como regalo visual de todas nuestras historias, aparecen ante nuestra vista el paso del Tajo por un grupo de pastores con sus rebaños, aprovechando el antiguo vado y la ínsula de Antolinez, huyendo del pontazgo que se cobraba por el paso de nuestro puente. Sirva esta última imagen como resumen del antiguo valor estratégico del vado y de su uso hasta épocas muy recientes como sistema «alternativo» y simpático de los herederos de la «rebeldía» toledana, ahora mostrada frente a la poderosa Casa de Alba, propietaria hasta 1911 de los derechos de pontazgo.

BIBLIOGRAFIA

- Carrobles, J.; Izquierdo, R.; Martínez, F.; Rodríguez, H. y del Cerro, R. **Historia de Toledo**, Toledo, 1997.
- Castaños y Montijano, M. «El camino romano y sus puentes». Toledo, **Revista de Arte**, número 154. Toledo, 1920.
- Fernández Casado, C. **Historia del Puente en España. Puentes romanos**. Madrid, 1982.
- Mangas Manjarrés, J. **Aldea y ciudad en la antigüedad hispana**. Madrid, 1996.
- Martín Aguado, M. «El poblamiento prehistórico de Toledo». **Toletum**, número 3. Toledo, 1962.
- Martín Gamero, A. **Historia de la ciudad de Toledo**. Toledo, año 1862.
- Pau Pedrón, A. **Toledo grabado**. Toledo, 1995.
- Porres Martín-Cleto, Julio. **Historias de las calles de Toledo**. Toledo, 1982, 3 vols.
- «En torno a las murallas de Toledo». **Castellum**, número 1. Madrid, 1992.
- Román Martínez, P. «Los restos de construcción romana del Puente de Alcántara». **Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo**, número 59. Toledo, 1942.